

Mitos y realidades de la transición democrática en Chile: temas pendientes

Manuel Antonio Garretón

El proyecto político en América Latina de los ochenta y de los noventa, fue la construcción de democracias políticas que pudieran no sólo superar las inestabilidades anteriores, o las épocas de guerras civiles, o las dictaduras, dependiendo de los casos, sino que al mismo tiempo pudieran reconstruir las comunidades nacionales para enfrentar los problemas de erosión o destrucción de aquéllas que se daban en dos planos.

Un primer plano generado por la globalización, es decir, la interpenetración económica —de los mercados y financiera— y comunicacional —mediática, información, redes reales y virtuales, informática— sobre las sociedades o segmentos de éstas arrebatándoles, por decirlo así, su unidad como sociedad. Un segundo plano vinculado a las formas de exclusión social que operan en campos diversos y que se traduce en el establecimiento de un vínculo más bien mediático entre los sujetos de la exclusión y la globalización lo que resulta en la co-existencia de varios países dentro de uno.

El proyecto de los ochenta y noventa significaba la necesaria instalación de regímenes políticos de tipo democrático que contribuyeran a la reconstrucción de las comunidades nacionales frente al mundo de la globalización y frente a la erosión, disgregación, y segmentación de estas comunidades nacionales. El resultado en el plano político fue el establecimiento de regímenes democráticos en todos los países de América Latina, con la excepción de Cuba y de Haití, y con unas idas y venidas de Paraguay.

Lo interesante fue que en casi todas las crisis políticas que sobrevinieron o crisis sociales, o económicas —que fueron muy graves en algunos países—, se mantuvo la continuidad del régimen institucional y democrático. Por ejemplo, respecto de la crisis que vivió Argentina hace un año, veinte años atrás era impensable que no hubiera habido un golpe y un régimen militar que intentara resolverla. Entonces ahí hay algo de algún modo nuevo: estamos en presencia de regímenes democráticos por primera vez en la región. Eso es un dato, otra cosa es su significado.

Estas democracias enfrentan dos problemas. Primero, las herencias del pasado. Dentro de esto tenemos temas del período pre-autoritario, tales como el presidencialismo que obviamente no fue resuelto por los regímenes militares, pero

tampoco lo ha sido por las nuevas democracias; problemas de herencias de las dictaduras, lo que hemos llamado los enclaves autoritarios; y problemas de los arreglos de transición. En este sentido, también existen enclaves propios de la transición a los cuales me quiero referir brevemente para el caso chileno. Así, un primer elemento de conflicto que enfrentaron las democracias de la región fue lo que derivó de los regímenes del pasado, entre los cuales, por supuesto, el principal era pasar del autoritarismo a la democracia.

El segundo tipo de problema tiene que ver con los nuevos desafíos de las democracias. Las sociedades, regímenes e intelectuales bajo las dictaduras y en las transiciones no se plantearon el tema del contenido o la naturaleza de la democracia, sino que, por decirlo así, nos compramos un chip que era democracia, en un momento en que en el mundo entero se vivía una crisis muy profunda de ésta.

La teoría política fue pensada siempre para sociedades donde había una cierta correspondencia entre economía, política, estructura social y cultura, y con un centro de toma de decisiones que era el Estado y donde una población convertida en ciudadanos tomaba decisiones relevantes a través de sus representantes elegidos en el Estado. Eso era, digamos, lo básico de la teoría democrática. El problema es qué ocurre cuando esa base se desarticula, es decir, cuando la polis, la unidad de economía, política, cultura y sociedad, y un centro de toma de decisiones, ya no existen en términos puros. Ese es el gran problema de la teoría democrática en un mundo globalizado. Y para las democracias latinoamericanas, esto significa el despojo de la toma de ciertas decisiones a la polis, al Estado, o la población convertida en ciudadanos, por parte de poderes fácticos nacionales y, sobre todo, transnacionales. No puede haber política económica, como lo dicen los ministros de Hacienda —que es donde se toman las decisiones— si, como señalan, sólo pueden tomar decisiones en una proporción ínfima del total de decisiones. Gran parte de las decisiones vienen tomadas o se toman en procesos que no pasan por el centro de toma de decisiones que es el Estado nacional. Ese es, yo diría, el gran tema o problema de las democracias latinoamericanas si queremos hacer una visión de conjunto de lo que fue proyecto de la década de los ochenta y noventa.

Frente a este problema, desde el único lugar que se ha intentado una respuesta creativa, con todos los problemas que se pueda criticar al respecto, ha sido desde Europa. Se plantea la necesidad de fortalecer una polis local, una polis nacional y una polis supranacional, aspirando a tener una constitución de la nueva polis. Ese es ahora el gran tema en Europa, la Constitución de la Unión Europea, la carta magna que consagre, por decirlo en los viejos términos, una nueva sociedad política que es Europa.

¿Cómo se plantean estos problemas en Chile? En el caso chileno hay que romper dos mitos. Un primer mito es que estamos en el Chile de Pinochet, y este mito ha sido relanzado desde una posición claramente de derecha por un nuevo libro que acaba de salir de Patricio Navia que se llama *Las Grandes Alamedas* donde dice que el legado de Allende lo expresa Pinochet, lo que, además de perverso es totalmente equivocado. La contraparte de esto, desde otro punto de vista, pero en este caso impecable desde el punto de vista ético, aunque pueda ser muy equivocado también, la instalan quienes afirman que aún estamos viviendo en el Chile de Pinochet, y que no hay diferencia esencial entre éste y el Chile democrático porque estamos en presencia de un cierto

transformismo. Creo que hay que apartarse de esas visiones de tipo, digamos, apocalíptico. En realidad, nada de lo moderno o de lo nuevo o de lo bueno, ni un sólo punto de lo bueno que hay en Chile se debe al régimen de Pinochet. Absolutamente nada. Más bien uno podría decir que prácticamente todo lo malo que tiene el Chile de hoy se debe a Pinochet, y que todas aquellas cosas que pueden considerarse como positivas se deben exactamente a un intento de reversión o a reversiones parciales del Chile de Pinochet.

El segundo mito que hay que dejar de lado es esto de la transición ejemplar, es decir, que Chile habría vivido una transición modelo. No es posible señalar como ejemplo una transición que durante siete años tuvo al máximo responsable de las violaciones a los derechos humanos como Comandante en Jefe del Ejército. Eso no ha pasado en ninguna parte del mundo. De la misma manera, no es posible avalar como ejemplar una transición que no tiene todavía una Constitución consensuada, eso es absolutamente impensable. De ejemplar esto no tiene absolutamente nada. Excepto, digamos, en un punto que es a mi juicio donde se hace la diferencia, no para una sociedad buena o feliz, sino en términos de un régimen democrático que siempre va a tener que enfrentar los problemas que señalábamos al comienzo para el conjunto de América Latina.

El punto que marca la diferencia, es la constitución de la Concertación y de gobiernos mayoritarios. Eso es ajeno a la historia de Chile y es ajeno a la historia de todas las transiciones, no hay ninguna que haya tenido un gobierno mayoritario conformado por el conjunto de la oposición, con algunas excepciones, en los siguientes gobiernos. Entonces, ese es un tema clave de señalar, y si me preguntan, como siempre lo he dicho, el único producto de exportación de Chile, en términos sociales y políticos, es la Concertación de Partidos por la Democracia, con todos los problemas que ella pueda tener, en la medida que ella significó una alianza de centro-izquierda entre quienes se enfrentaron en el momento del golpe militar, incorporando a los gobiernos a quienes fueron derrotados, perseguidos, en el momento del golpe militar.

Ahora bien, si uno examina el problema en los términos que lo estaba señalando, diría que la transición chilena tuvo tres características particulares dentro de América Latina. Una fue que no heredó una crisis económica, sino que administra un modelo económico intentando corregirlo. Eso marca una diferencia con las otras democratizaciones, eso no es ni ejemplar o no ejemplar, es un dato. Prácticamente todas las políticas neoliberales de los otros países fueron hechas por los gobiernos democráticos, en el caso chileno fueron todas hechas previamente. Le queda muy poco margen de maniobra al régimen democrático remitiéndose a administrar un modelo económico que no fue creado por él. No quiere decir que esto sea bueno, puede ser muy malo, pero éste es el dato.

La segunda característica es que se trata, como decía, del único caso en que hay un conjunto de partidos mayoritarios que gobiernan, y eso plantea un problema muy complicado para la política en general. Por un lado es muy bueno porque no hay en el bloque opositor a la dictadura una ruptura entre los que administran las demandas sociales y los que administran la transición, lo que pasó en todos los otros países, pero tiene el gran problema de separación de la gente, los actores sociales, las miles de personas en distintas organizaciones, respecto de la forma clásica que tuvieron para organizarse, que fueron los partidos políticos. Esta vinculación estrecha entre lo polí-